

La perdigonada del cazador

HABLANDO en plata se puede decir que la economía española está hecha unos zorros, talmente un comedero de patos. Ante esta situación cuentan que el Ministro de Hacienda, señor Villar Mir ha soltado un discurso realista, lleno de pesimismo. A mí en cambio, después de leído, me ha parecido un discurso optimista porque el ministro diagnostica nuestra enfermedad como muy grave y uno cree que se ha quedado corto, ya que la situación es gravísima. Pero él no tiene la culpa. El ministro apenas acaba de ser llamado a presidir este empastre económico y no tiene la culpa de nada. Lo malo es que, recién llegado, en vez de entrar con el bisturí o llamar al párroco con el viático se ha limitado a tomar el pulso y recetar un sopicaldo y un emplasto de harina de linaza a un enfermo que está pidiendo a gritos el quirófano y al que hay que dar los santos óleos en botiño. Aquí ha pasado lo de siempre: viene el ministro y dice que la cosa está fatal; y después de echar, con mentalidad de empresario, unas chinitas contra los salarios, promete arreglarlo todo. El señor Villar Mir nos promete luchar por el pleno empleo y el desarrollo sin inflación. ¡Pues qué bien! Aunque el ministro es muy listo y sabe que eso no lo va a conseguir. Pero él al menos ya ha salvado la cara.

Para sanar a ese enfermo, que está a un tiempo inflado y deprimido, no basta con decir que los salarios han crecido mucho, que hay que apretarse el cinturón, que esto es cuestión de todos y que la cosa está fatal. Lo que hay que hacer es dejar tranquilos a los obreros, que bastante trabajo tienen con acudir al tajo todos los días, y limpiar nuestra economía de esa panda de golfos especuladores insaciables, podar del árbol del presupuesto un ramaje de muchos miles de millones improductivos que van a parar a los enchufados y entrar a saco con la navaja en esa organización mafiosa de la oligarquía monopolística, que es donde radica el foco infeccioso de la inflación. Pero como esto el señor ministro no lo va a poder hacer, resulta que nos quedamos como siempre: un discurso realista reducido a música celestial, de modo que los de arriba seguirán con la violenta plusvalía y los de abajo con el salario congelado. Y así hasta que venga el carro de la basura. ■ V.



don Emilio de Figueroa, pongo como gente enterada, de que los salarios no tienen la culpa de que la cosa económica esté en un grito? ¿Pero tu cuanto te crees que gana el obrero y el funcionario tipo «mass media», y el covachuelista, y todos los demás a quienes descuentan el doce por ciento para pagarles lo poco que ganan? Y mira que el señor Zapico, que es un jefe de la cosa trabajadora te lo dijo una vez por la televisión, que yo lo ví, pues nada, a tí como si cantara un carro, erre que erre en tus trece, entregando al país al enemigo secular. ¡Ay que alma de cántaro esta! ¿Es que no te das cuenta, además, que vivimos un tiempo en el que los obreros han dejado de tener la culpa, por fin? ¡Huy que chico este, pero si parece que ha estudiado con don Javier Conde, que en paz descanse! ¡Qué pena tan grande! Al primer tapón, zurrapa. ¡Rojo, ven acá y no le des sahumero al señor Villar Mir, que no es compañero de viaje! Es que se equivocó. ■ L.

